

Un año después de la guerra de agosto entre Georgia y Rusia

Carta desde Tbilisi

Pierre Schori
Director de FRIDE

Visitas por el aniversario

No ha sido una casualidad que estas visitas a Tbilisi se hayan producido al cumplirse casi exactamente un año de la guerra que enfrentó a Georgia y a Rusia durante cinco días. El ministro de Asuntos Exteriores de Suecia, Carl Bildt, encabezó la delegación de la Unión Europea (UE) que ha pasado por la ex república soviética los días 17 y 18 de julio. A ellos, les siguió el vicepresidente de Estados Unidos, Joe Biden, la semana siguiente.

En su camino desde el aeropuerto, lo que vieron todos fue la imagen de un sonriente George W. Bush colgada en las vallas publicitarias. La amplia avenida que conduce a la capital de Georgia ha sido bautizada con el nombre del ex presidente americano. Aquí, al igual que en Israel, el antiguo jefe de la Casa Blanca era considerado un aliado incondicional.

Durante su estancia, Biden no abandonó la capital georgiana, donde el presidente «Misha» Saakashvili le dio una calurosa bienvenida, se refirió constantemente a tan destacado invitado como «Joe, amigo mío», y le concedió una de las condecoraciones nacionales más importantes, la Orden de la Victoria de Santa Georgia.

Si el vicepresidente norteamericano hubiera tenido tiempo de darse una vuelta por la ciudad de Gori, que fue ocupada por las tropas rusas durante la guerra de 2008, se habría dado cuenta de que allí, en lugar de carteles con la cara de George W. Bush, hay estatuas, imágenes, y fotografías, además de un museo, dedicados al «hijo predilecto» de la ciudad, Joseph Stalin.

Carl Bildt, en cambio, sí salió de Tbilisi y viajó por Georgia occidental, a la zona cercana a Abjasia. Allí visitó a los efectivos de la UE en misión de observación (la EUMM, por sus siglas en inglés), que están destacados en Zugdidi, e inspeccionó los asentamientos de desplazados internos, donde viven las miles de personas que el año pasado se vieron obligadas a huir de sus casas, actualmente en la Abjasia dominada por los rusos.

Durante su visita, Bildt se enteró de que Georgia, a través de una declaración realizada por Eka Tkeshelashvili, secretario del Consejo Nacional de Seguridad del país, quería «ampliar la misión de observadores», formada por 246 civiles no armados, «para que también participe Estados Unidos y otros miembros no europeos». Con ello, «cualquier movimiento por tierra por parte de los rusos tendría un precio político muy alto».

El sueco comentó acertadamente que un cambio tan drástico debería tratarse con los estados miembros y las instituciones de Bruselas, incluido el Parlamento Europeo. Diez días más tarde, el 27 de julio, la UE prolongó la EUMM un año más. Pero en Europa no se habló de la posibilidad

de que otros países, incluido Estados Unidos, se unieran a la misión. La participación de países ajenos a la Unión se abordará en el otoño, según ha confirmado un cargo de la UE a la agencia Reuters.

El presidente de Georgia trató de sacar el máximo provecho posible de la visita de su «amigo Joe», pero los comentarios de Biden fueron más bien ecuanímenes, respetando a los líderes de la acérrima oposición a Misha. Las palabras de solidaridad del americano iban más encaminadas al proceso de democratización de Georgia y su soberanía, que al presidente en sí mismo:

«Estáis en *mitad del proceso* [énfasis añadido] de construcción de las bases institucionales que necesita el país para mantener la democracia», dijo Biden. «Son muchos los que en el mundo os observan pendientes del feliz desenlace de la Revolución [de las rosas] y el asentamiento de las raíces de la democracia», dijo. «*En cierta manera, parte del camino que os queda por andar es lo más difícil* [énfasis añadido]».

Era como si Biden estuviera poniendo en entredicho el generoso apoyo ofrecido al país por parte de la administración Bush, o tratara, al menos, de rebajar las expectativas en su discurso oficial: «En general, Georgia es uno de los mayores receptores per cápita de la ayuda estadounidense en todo el mundo en la actualidad. Incluso de donde yo vengo, mil millones de dólares para cinco millones de personas es mucho dinero», apuntó para añadir después: «Es una triste realidad, pero lo cierto es que no existe opción militar para la reintegración».

El vicepresidente hizo hincapié, finalmente, en la necesidad de la unidad nacional frente a las amenazas: «Demostradles lo que significa realmente el lema de vuestra nación: la fuerza reside en la unidad. Dividida, Georgia no completará su camino».

El 30 de julio, una semana después de la visita, el sitio web de noticias independiente de Georgia Civil.ge citó al Pentágono: «Un miembro del Departamento de Defensa de Estados Unidos ha dicho que Georgia no está preparada para comprar armas, tema que planteó el presidente Saakashvili antes de la visita del vicepresidente Biden a Tbilisi.»

La guerra de Georgia

Mi primera visita a Georgia me ha causado dos fuertes impresiones. Por un lado, hay dos nubarrones que ensombrecen la situación del país: Rusia y la crisis financiera mundial. Sin embargo, en lugar de aunar fuerzas y hacer frente a estas amenazas tan concretas, los políticos se dedican a lanzarse improperios sin parar. Por el otro, el apoyo económico y político que se está prestando a los ciudadanos de Georgia resulta inadecuado, pues sus necesidades básicas no parecen estar entre las prioridades del gobierno. La falta de condicionalidad y transparencia de la ayuda extranjera también es preocupante en este contexto. Muchas de mis conversaciones versaron sobre estos temas.

Un aspecto fundamental merece especial atención: la guerra de agosto supuso un cambio radical en la política nacional y exterior, así como en la situación económica y social del país. Las acusaciones de quién prendió la mecha de la guerra siguen levantando ampollas. Con todo, son pocos los observadores extranjeros, incluidos los diplomáticos de Tbilisi, y la abrumadora mayoría de la esfera política fuera de los despachos oficiales, que refutan la información que aparece en Wikipedia: «En la noche del 7 al 8 de agosto de 2008, Georgia lanzó un ataque militar de gran escala contra la autoproclamada República de Osetia del Sur. La guerra de Osetia del Sur de 1991–1992 entre Georgia y Osetia acabó con la mayor parte del territorio de Osetia del Sur bajo el control de facto de un gobierno regional no reconocido internacionalmente y apoyado por Rusia» (entrada de Wikipedia en inglés).

La antigua portavoz del parlamento y actual líder del Movimiento Democrático-Georgia Unida, Nino Burjanadze, afirma abiertamente que la guerra lo cambió todo: «Georgia y todos nosotros somos ahora los perdedores. Perdimos el 20 por ciento de nuestro territorio, por no hablar de los muchos muertos y los desplazados internos. Aquí no hay inversiones ni turismo. Y el camino hacia la OTAN está bloqueado. Y así será mientras Misha siga en el poder. El veto ruso a la misión de las Naciones Unidas en el marco del Consejo de Seguridad es otra señal de que

estamos (sic) perdidos».

El antiguo secretario general del Partido Comunista de Georgia, de 81 años de edad, Eduard Shervardnadze, que fue ministro de Asuntos Exteriores con Gorbachov (y el último de la Unión Soviética) y lanzó la *Doctrina Sinatra*, que abogaba por el derecho de los países satélite de Rusia a elegir su propio sistema político, culpa también a Saakashvili: «Si hubiéramos querido evitar la guerra, no la habríamos comenzado», dijo en el transcurso de una entrevista el 18 de agosto de 2008.

Shervardnadze tiene también otras razones para mostrarse crítico. Tras ganar las elecciones presidenciales en 1995 con el 70 por ciento de los votos, se vio obligado a renunciar a su cargo en 2003 a raíz de la «Revolución de las rosas», tras largas y masivas manifestaciones, siendo sustituido por Saakashvili.

No obstante, él opina que las políticas hegemónicas de Moscú en el Cáucaso no han cambiado un ápice desde los tiempos de la emperatriz Catalina la Grande. En esta ocasión, sin embargo, con la ocupación de Abjasia y Osetia del Sur, piensa que tal vez han ido demasiado lejos. «Fíjense en Chechenia, Daguestán e Ingusetia. Puede que llegue el día en el que los osetios y los abjasianos intenten seguir el mismo camino».

A pesar de las agrias críticas a la «guerra de Misha», no hay nadie en Georgia que esté a favor de la ocupación de Osetia del Sur y Abjasia por parte de los rusos, como tampoco existe ningún grupo que defienda las políticas de Moscú, en general. Sin embargo, todos esperan con ansia los resultados de la *Misión de investigación internacional independiente sobre el conflicto de Georgia*, promovida por el Consejo de la UE en relación con los orígenes de la guerra de agosto. A la cabeza se encuentra la suiza Heidi Tagliani, que estuvo al cargo de la misión de las Naciones Unidas en Georgia. Estaba previsto que las conclusiones se presentaran el 31 de julio, pero ha tenido que retrasarse dos meses más.

Las instituciones aún son frágiles

El llamamiento de Biden en pro de la unidad reflejó la frustración de los defensores de Georgia en el extranjero. En una inusual declaración conjunta hecha el 25 de mayo, Estados Unidos y la UE instaron a las autoridades georgianas y a los miembros de la oposición que actuaran de forma coordinada: «Estados Unidos y la UE instan al gobierno de Georgia y a la oposición a que pongan fin a la actual situación que se vive en las calles y a emprender negociaciones de forma inmediata y sin condiciones previas para crear un nuevo programa de reformas que impulse la democracia en Georgia», decía la declaración.

«Llamamos a todos los georgianos a respetar el Estado de derecho, a atenerse a lo dispuesto en la Constitución de Georgia, a evitar la violencia y a respetar el derecho a manifestarse de forma pacífica. La UE y Estados Unidos apoyamos firmemente los intentos de Georgia de reforzar la libertad democrática y la prosperidad del país, y reiteramos nuestro persistente apoyo a la independencia e integridad territorial de Georgia».

Le pregunté al antiguo embajador georgiano ante las Naciones Unidas y actual líder del partido de la oposición «Alianza para Georgia», Irakli Alasania, qué concesiones tendría que hacer el presidente para poder alcanzar un acuerdo. Me contestó que las elecciones parlamentarias eran su objetivo número uno (insistiendo en que la dimisión de Saakashvili no había servido para nada), además de dos de los aspectos de su propuesta de seis puntos, que el presidente no ha aceptado hasta el momento: la reforma electoral (incluidas las presidencias de los comités parlamentarios) y la no injerencia de la policía y las fuerzas de seguridad entre los electores locales. Para crear un ambiente electoral adecuado, fue necesario adoptar medidas que pusieran remedio a la situación de la prensa, que por entonces estaba dominada por círculos pro gubernamentales.

Tres semanas después de nuestra entrevista, el 30 de junio, Alasania realizó una declaración diciendo que las continuadas protestas callejeras «entraban (ahora) en una nueva fase», en la que se prestaría más atención «al proceso político y al diálogo». Añadió que tanto él mismo, como sus socios políticos, presentarían enmiendas a la constitución.

Incluso los seguidores del presidente reconocen que la democracia de Georgia está viciada. «Lo defiendo porque encabeza el primer gobierno democrático y el más eficaz que jamás ha habido en nuestro país», explicaba un reputado académico. «Misha es demócrata, pero se sirve de la fuerza y sus medios no siempre son democráticos en un entorno post soviético y predemocrático».

Un antiguo ministro se expresaba con más rotundidad: «Tras la Revolución de las rosas, muchos inversores extranjeros vinieron al país y compraron propiedades. Les atrajo la democracia y el Estado de derecho. Pero lo que mis ojos ven hoy es, sobre todo, un simple cambio de dueños y ningún beneficio sustancial para el país. Y la democracia georgiana sigue siendo una mera etiqueta sin contenido. El presidente dirige un régimen autoritario».

Un miembro de una organización pro derechos humanos se mostraba de acuerdo. Saakashvili no se estaba tomando los derechos humanos en serio. Sin embargo, pedir su renuncia no había servido para nada. Después de todo, había sido elegido democráticamente. Pero, tras pasar una guerra, sobre todo, el presidente debería hablar con la oposición y hacer algo acerca de la ridícula situación del parlamento, donde la oposición ocupa 9 de los 150 escaños. Convocar nuevas elecciones al parlamento sería una salida. También debería tomar cartas sobre el asunto de la impunidad. Grupos de matones con la cara cubierta van por ahí dando palizas a los que se manifiestan pacíficamente. Hay que ponerle freno a todo esto.

Nostálgicos de Stalin

Retomando el tema de Stalin, ¿por qué será que el desaparecido dictador sigue mereciendo el respeto de muchos georgianos, sobre todo los de la vieja guardia? ¿Y por qué será que muchos creen o afirman que antes las cosas iban mejor, refiriéndose tanto al periodo soviético, como al gobierno de Shervardnadze?

Encontré algunas respuestas en una aldea de unos cientos de habitantes al norte de Gori, el lugar de nacimiento de Stalin, y ubicado a tan sólo 15 kilómetros de la ocupada Osetia del Sur. En una reunión municipal celebrada en la única tienda de la zona, los ciudadanos, muchos de ellos obviamente aún traumatizados por la guerra, dijeron tener miedo a que los rusos los atacaran, ocuparan y saquearan de nuevo, al tiempo que protestaban por la falta de atención del gobierno y se quejaban de que por allí no había pasado ninguna organización humanitaria extranjera desde el año pasado.

Y aun así, la paradoja inherente a ambas afirmaciones estaba ante mis propios ojos: temían un nuevo ataque de los rusos, pero en la tienda colgaba una imagen enorme de Stalin. Y en la entrada, un póster gigante proclamaba que la USAID había pasado por allí. Pero eso fue hace un año. Actualmente, los tractores siguen destruidos e inservibles para la cosecha y la red de alcantarillado sigue estropeada y con las tripas fuera en mitad de la aldea, apestando, acabando con la vegetación, matando los manzanos y poniendo en peligro la salud pública. Y Stalin, sí, era de nuestra región, pero también nos salvó de los Nazis.

En otras dos aldeas, a unas horas al sur del antiguo balneario preferido por los soviéticos en Borjomi, encontré la respuesta al síndrome nostálgico del «estábamos mejor antes». Viajar durante horas a lo largo de carreteras llenas de baches y sin reparar que unen unas aldeas aisladas con otras, me recordó a África. Parecía como si a la gente le faltara de todo y expresara su desesperanza con resignación. «Antes existía un almacén central donde se recogía y distribuía verdura, leche y fruta», decía la población eminentemente femenina. «Y guarderías, servicios de salud y un colegio». «¿Cómo ven el futuro?», les preguntamos. «En diez años, la aldea estará muerta y por aquí no quedarán más que unos cuantos viejos».

Europa debe apoyar la reforma

Desde un punto de vista político más amplio, Irakli Alasania sugirió que hay dos cosas que Occidente podría y debería hacer. Una es enviar un mensaje claro a Rusia de no injerencia y oponerse a la ocupación de la tercera parte de su territorio, actualmente invadido. La otra es consolidar la democracia en Georgia. En este sentido, la UE y Estados Unidos deben enviar un mensaje claro a Saakashvili y a todos aquellos que se muestran reticentes a sentarse a la mesa

de negociaciones y adquirir compromisos. Alasania también dijo que los socios occidentales deberían «supervisar» los posibles acuerdos que las autoridades y la oposición pudieran alcanzar para garantizar que se ponen en marcha.

En su discurso en Tbilisi, Biden mencionó el tema de «recuperar los territorios perdidos dentro de las propias fronteras de Georgia». «Solamente una Georgia pacífica y próspera puede recuperar su integridad territorial... mostrándoles a los que viven en Abjasia y Osetia del Sur... una Georgia donde pueden ser libres y disfrutar de su autonomía... dentro de un sistema de gobierno federal, donde la vida puede ser mucho mejor que ahora».

Para la Comisión Europea, su mayor donante, cuyas ayudas a Georgia entre 1992 y 2006 alcanzaron los 506 millones de euros y desde donde aún llegarán más fondos, el tema de la transparencia y la condicionalidad debería plantearse más seriamente.

En un estudio de la Open Society Foundation financiado por George Soros, el antiguo ministro de finanzas Vladimer Papava expone una crítica aguda y bien documentada sobre el asunto (*Reflection of Donors' Financial Aid within the Framework of Brussels Conference Decisions in the 2008 and 2009 State Budgets of Georgia*, Tbilisi, abril de 2009).

La conferencia de Bruselas les reservó unos cuatro mil millones de dólares, dos de ellos en forma de subvenciones. Ningún otro país ha recibido tanta ayuda en el marco de la actual crisis económica mundial, dice Papava. Pero no ha habido suficiente transparencia o rendición de cuentas en el caso de Georgia, como tampoco un control real por parte de la comunidad de donantes. La función del parlamento como organismo de control también ha sido mínima, dada la aplastante mayoría del gobierno, afirma.

Las organizaciones donantes con las que me reuní sobre el terreno se quejaban de que se proporciona demasiada ayuda en forma de cheques en blanco para poner en marcha proyectos gubernamentales de gran envergadura, como infraestructuras y edificios, inversiones monetarias que nunca llegan a las aldeas, ni a la gente que lo necesita. No es raro escuchar que las casas de los asentamientos de desplazados, levantadas con dinero de la UE, son de poca calidad (sin agua o condiciones de salubridad) y están mal diseñadas (sin tierras que cultivar, pues la mayor parte de la población se dedica a la agricultura). El desarrollo de la actividad agrícola y la situación de los desplazados deberían constituir, por tanto, una de las prioridades.

Georgia es un país realmente maravilloso, con una riqueza cultural e histórica extraordinarias, una gastronomía exquisita, vinos excelentes y un potencial único para el ecoturismo. Los georgianos se merecen algo mucho mejor.

En el *policy brief* de FRIDE publicado en junio de 2009, "La UE y los disturbios en Georgia", sus dos autores, Balazs Jarabik y Tornike Sharashenidze, abordan el tema de la democracia y la cooperación de los donantes, afirmando que el gobierno de Saakashvili ha «fallado en lograr el equilibrio entre la democracia y las necesidades de seguridad nacional. Tbilisi sólo ha buscado enarbolar la bandera europea antes que adoptar los valores europeos de un modo más profundo». Así, postulan que la UE debería mostrarse más enérgica a la hora de promover sus valores y beneficios.

No podría estar más de acuerdo.

The views expressed by the authors of the documents published on this website do not necessarily reflect the opinion of FRIDE.
If you have any comments on the articles or any other suggestions, please email us at fride@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org